La literatura como fuente histórica. *Trafalgar* y el inicio de los *Episodios Nacionales*

*Literature as a Historical Source. Trafalgar and the Beginning of
Episodios Nacionales (National Episodes)*

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN

Universidad de Alcalá
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia y Filosofía
c./ Colegios, 2
28801 Alcalá de Henares (Madrid) (España)
fjavier.gonzalez@uah.es

RECIBIDO: FEBRERO DE 2021
ACEPTADO: MARZO DE 2021

Resumen: La literatura de Benito Pérez Galdós como fuente histórica ofrece nuevos horizontes de comprensión, ampliación y profundización. *Trafalgar* (1873) nos da a conocer entornos como Cádiz, biografías como las de Gabriel, «Medio Hombre», Villeneuve, Gutiérrez de Cisniega, basadas en caracteres y emociones, no solo en hechos históricos. El relato como comunicación une épica y lírica y nos lleva a un nuevo método de investigación. Como expusiera Jacques Le Goff, existe una historia externa y otra interna, una historia psicológica, un motor que activa los sucesos individuales y colectivos que conforman la historiología de la que hablase Ortega o el método histórico antropológico según Caro Baroja y Morales Moya. *Trafalgar* es el ejemplo de hecho trascendental, mito y símbolo de una derrota, que abre el relato y memoria galdosiana de la historia contemporánea. Conceptos como heroísmo, patria, honor, decadencia en ese paso del Antiguo al Nuevo Régimen lo hacen esencial, desde esta doble perspectiva, Historia y Literatura, escasamente valorada todavía.

Palabras clave: Literatura. Historia contemporánea. Conciencia nacional. Fiebre amarilla. Decadencia. Armada. Derrota. Honor.

Abstract: Pérez Galdós's Literature as a historical source offers new horizons of understanding, expansion and deepening. *Trafalgar* (1873) reveals environments, biographical characters and emotions, not only the facts. The story as communication unites epic and lyrical and leads us to a new research method. As Jacques Le Goff put it, there is an external and an internal history, a psychological history, a motor that activates the individual and collective events that make up the historiology of which Ortega spoke or the anthropological-historical method according to Caro Baroja and Morales Moya. *Trafalgar* is the example of a transcendental fact, myth and symbol of a defeat, which opens the Galdosian story and memory of this contemporary history. Concepts such as heroism, homeland, honor, decadence in that transition from the old to the new regime make it essential, from that little-known double perspective.

Keywords: Literature- Contemporary History. National Consciousness. Yellow Fever. Decadence. Navy. Defeat. Honor.

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN 24 (2021): 137-161 [1-25] [ISSN: 1139-0107; ISSN-e: 2254-6367]

137

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.24.003>

Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
Y GEOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Dialogar sobre la novela histórica de Pérez Galdós (1843-1920) conduce a trazar varios horizontes entre historia, literatura e intrahistoria o historia antropológica, que incluyen la evolución de la mentalidad social, la de la cultura cívica, así como las ideas de patria-nación o el sentido de colectividad de los españoles, de empresa unitaria en palabras de Ortega y Gasset. Es decir, los distintos entornos donde se desarrollan las desiguales acciones históricas, sobre todo de ámbito urbano y provinciano. ¿Cómo si no analizar la imagen de una época con sus ideas, modas, folklore y costumbres? En la novela galdosiana aparece lo mencionado en todo su esplendor decimonónico¹. Sin embargo, la novela histórica o el uso de la literatura para exportar o divulgar la historia nacional no solo se origina en la España del siglo XIX. La novela histórica resulta ser un fenómeno europeo, desde Walter Scott a Víctor Hugo, que guarda relación con el pensamiento histórico del momento, con el desarrollo de la historia y del historicismo, elementos suficientes para determinar cómo la literatura no coexiste ajena a los cambios sociológicos y culturales del momento, ni a la política, para convertirse en fuente histórica y referente social de primer orden. De manera que en esa atmósfera intelectual tuvo que influir de alguna manera, incluso aunque fueran fenómenos paralelos en el tiempo. Lo interesante es, precisamente, encontrar esa convergencia de saberes y de qué manera llegaron a España y cómo lo hicieron. Es decir, qué identidad puede haber entre Thomas Carlyle, Von Ranke, Jules Michelet, Walter Scott, Alfred de Vigny o Alejandro Dumas. En el caso español entre Modesto Lafuente, Miguel Morayta o Benito Pérez Galdós, por ejemplo. Quizá esta vertiente sería otra perspectiva analítica, que debería tener su propio espacio, ya que aquí solo podemos sugerir tal relación por su densidad.

En el caso español, la obra de Pérez Galdós guarda relación con la historiografía española y la literatura contemporánea. *Trafalgar* (1873), por ejemplo, como obra literaria que es, puede encontrarse citada en la bibliografía de multitud de trabajos de divulgación histórica. De esta forma se la considera una fuente, siendo utilizada incluso en la didáctica de los institutos de enseñanzas medias. En 2005 se publicaron una serie de notables estudios históricos sobre el episodio realizados por profesionales e historiadores navales militares como Hugo O'Donnell, Hermenegildo Franco Castañón o González-Haller Hierro, entre otros, que demostraron que constituye un episodio de nuestra historia militar, no solo de nuestra historia general, pero no hubo una reflexión histórica sobre

¹ Canal, 2020, pp. 5-8.

el episodio nacional, en la vertiente que pretendemos exponer². Cabe rescatar, por ello, el análisis de la literatura como género que pueda ayudar a la narración de la historia y, concretamente, la novela histórica documentada como es el caso que analizamos.

Algunos trabajos realizados por historiadores valoraron la literatura como fuente histórica desde hace décadas, pero de forma dispersa. Por ejemplo, los discursos del recientemente fallecido Carlos Seco Serrano³, seguidos de las reflexiones de Jover Zamora⁴ y Guadalupe Gómez Ferrer. En este sentido Rodríguez Puértolas realiza un buen estudio en su edición de *Trafalgar*, pero enfocado desde la perspectiva literaria como la mayoría de las introducciones que se han realizado cuando se ha reeditado el texto⁵. Trascender a una explicación más amplia nos llevaría en última estancia a citar la nueva Historia conceptual de Koselleck o Sandro Chignola y la metahistoria de Hayden White, que, aunque en Estados Unidos ya lleva desarrollándose algunas décadas, en España resulta ser una novedad como destacó, hace años, la revista *Ayer*. Cabe por tanto hablar de una nueva proyección científica, en cuanto a la metodología ¿pero habría que incluir a este respecto una obra que los historiadores militares navales critican por considerar que el uso de la novela en los temas de historia militar es solo un espacio de entretenimiento y no de ciencia positiva? Cabe decir, además, que *Trafalgar* es un libro patriótico donde se alaba el heroísmo español de una forma templada y racional. Si «en la vida hay que hacer lo que hay que hacer en cada momento y no cualquiera cosa», —aludiendo al famoso discurso de José Ortega y Gasset⁶— sin duda aquel fue el momento para realizarlo, como existen otros instantes para otros menesteres, una prueba más del carácter indómito pero resignado de los españoles. Porque, además, la mentalidad, la generación, los hechos fueron los narrados y no otros, ni mucho menos los que quisiéramos que fuesen, pues a los contemporáneos les hubiera gustado ganar la batalla, pero la perdieron. Esa es la doble realidad que se debe asumir en la memoria de la Nación. No obstante, tales virtudes deducibles de la capacidad de entrega, el esfuerzo o abnegación se han querido presentar como algo vano e inútil, dentro del derrotismo surgido y alimentado en el siglo XIX, fascinado por el tema de la decadencia.

² O'Donnell, 2005; Franco Castañón, 2005; González Haller-Hierro, 2004. La bibliografía general de la batalla fue recogida por Butrón, Calero, Núñez y Saldaña, 2008.

³ Seco Serrano, pp. 256-284.

⁴ Jover Zamora, 1992, pp. 23-24.

⁵ Pérez Galdós, 2011. Desde el punto de vista de la historia de la literatura destacan los análisis de López Cabrera, 1993; Iarocci, 2003; Cantos Casenave, 2004; Rey Poveda, 2004; García, 2007; Sotomayor Sáez, 2013; Guerrero Ruiz, 2020.

⁶ Ortega y Gasset, 1935.

Nuestro presente es también totalmente ajeno a ese romanticismo del que aun rezuma el libro por su retórica, figurativismo e iconografía acerca de la idea de lo heroico. En el mismo no podemos encontrar un manual de historia actual sino algo distinto y de enorme valor psicológico, donde el protagonista adquiere un grado de madurez importante a la hora de plantearse preguntas significativas sobre la patria, la guerra o las relaciones entre las naciones. Por el contrario, si hay publicadas varias decenas de estudios literarios sobre esta novela que, con ser importantes, se centran en los aspectos formales y el estilo, el fondo histórico se obvia o se da por sobreentendido, amparándose en la fama del hecho. El libro es considerado la llave de entrada para el prólogo de una Historia nacional, que se debate entre la crisis del Antiguo Régimen, el sentimiento de decadencia —un término a matizar sin duda— o una situación de ruptura entre lo viejo y lo nuevo, cambios que hacen ver la llegada de un nuevo régimen en medio de una Era revolucionaria contra el viejo orden, entre ideas pre o proto-liberales, de naturaleza ilustrada, presentes como telón de fondo, como han analizado Jean Sarrailh⁷, Domínguez Ortiz⁸, Noelia González⁹ o Emilio La Parra¹⁰.

De manera que, a la inversa, numerosos historiadores consideran que una obra literaria es ficción y, por tanto, tampoco suelen entrar en el análisis de la literatura como fuente histórica hasta hace pocos años. No obstante, se trata de un método utilizado a nivel de instituto y enseñanzas medias, pero que no ha llegado todavía con fuerza a la Universidad, a las investigaciones del campo de la historia contemporánea, cuando paradójicamente los modernos medios psicopedagógicos tratan de asimilar los estudios superiores a los más elementales. Un instrumento metodológico al que aludió Francisco Giner de los Ríos¹¹, pero que comenzó a tener cuerpo a fines de los años setenta del siglo XX. Un fenómeno que ha ido tomando importancia para buscar los puntos en común entre ambas disciplinas. Un acercamiento que nos proporciona sus relaciones recíprocas, el análisis de la historia interna, como han intentado desarrollar otras tendencias desde la Escuela de *Annales* a los estudios de *L'École Nationale d'Hautes Études des Sciences Sociales* y *L'École Supérieure d'histoire* de París.

---

⁷ Sarrailh, 1980; Lynch, 2014.

⁸ Domínguez Ortiz, 2000.

⁹ González, 2005.

¹⁰ La Parra, 1994, pp. 23-34; 1988-1990, pp. 219-232; 2004 y 2008.

¹¹ Giner de los Ríos, 1919, p. 202.

Especialmente ha destacado el medievalista Jacques Le Goff¹² como uno de sus pioneros, así como la influencia de otras metodologías para escribir la historia, como defendió Peter Burke en su libro homónimo¹³. La historia social de las mentalidades y la historia cultural no tienen en España límites definidos, cabe por tanto hacer una redefinición o conceptualización. Podemos decir que los *Episodios Nacionales* abren estas tres perspectivas: literatura, historia y antropología, apartando las consideraciones historicistas, de filosofía de la historia y meta-históricas más modernas según ha demostrado H. Whyte¹⁴. Pero nos tenemos que remitir a lo que significó en general; es decir una imagen externa de debilitamiento, y otro elemento de decadencia interno derivado de la España de Carlos IV. Un fenómeno que aumentó la agudización de un sentimiento casticista que empezaba a amoldarse —en la opinión pública de la época— a un mito que Galdós continuó en *La Corte de Carlos IV* y en los episodios siguientes. Y es que no solo en la metodología sino en el contenido existe un hilo conductor. La idea de patriotismo y de honor identificados con el Estado-nación surge en la cubierta del navío *Santa Ana*. En el pensamiento de Gabriel —protagonista de *Trafalgar*— existe una serie de contrastes entre el heroísmo, la resignación que respira el bando aliado y cierta desmitificación. De esa forma se abre un nuevo método interdisciplinar.

I. LA HISTORIA COMO ESTRUCTURA DEL RELATO GALDOSIANO

Trafalgar es una obra trabajada, sobre todo, más desde un análisis propio de la literatura que desde la historia, a pesar de que forme parte de la bibliografía sobre la historia político-militar del enfrentamiento internacional en monografías y textos genéricos. Ya Hans Hinterhauser expuso cómo la narración galdosiana debe acudir a la historia como disciplina. La misma se divide atendiendo a la estructura siguiente, basada en el testimonio del protagonista, el popular Gabrielillo (Gabriel Araceli):

I. El marco geográfico de Cádiz y sus barrios. La Caleta donde nació, la Viña, cuya descripción luego amplía en el capítulo VIII, donde retorna a la Tacita de Plata y relata cómo son las murallas, las fortificaciones, la catedral, así como los alrededores. Se refieren Puerto Real, Jerez y, sobre todo, Vejer de la Frontera, donde Gabriel es acogido por una familia hidalga, en torno a un veterano marino y combatiente en San Vicente, don Alonso Gutiérrez de Cisniaga.

¹² Le Goff, 2000.

¹³ Burke, 2000.

¹⁴ Whyte, 2004, p. 11.

2. La epidemia de fiebre amarilla, de la que es víctima el propio protagonista, según se expone en el capítulo I, relato que podemos cotejar con las obras de José Blanco White y sus *Las Cartas desde España* (1822) alusivas a Madrid, Cádiz o Sevilla durante esos años; con La Cruz y Bahamonde, Nicolás Conde de Maule y su obra *Viaje a España, Francia e Italia* (1805), con el estudio de Ramón Solís —conjuntamente con la introducción que le escribe Gregorio Marañón— en *El Cádiz de las Cortes* (1978) o, más recientemente, con la investigación de Manuel Alonso *El Cádiz de la Guerra de la Independencia* (2012). Los diagnósticos, remedios y tratamientos de la enfermedad que apunta Galdós pueden compararse con diarios médicos de la época, como el Juan Manuel de Arejula, conservado en el Archivo Histórico de la Ciudad de Cádiz (y que Galdós solo refiere); enfermedad que inicialmente fue confundida con el tifus, para más adelante ser diferenciada por la propia evolución de la pandemia. Porque este episodio es su antesala, pues existe cierta correspondencia entre el Cádiz de 1805 y el del año 1812, fecha en que el protagonista vuelve a la ciudad en vísperas de la proclamación constitucional.

3. Los preparativos y las perspectivas antes del combate. Quedan reflejados en sus líneas la moral, la psicología, la comparación entre el estado de la armada británica y la española que resultan comparables con el análisis histórico de autores como Hugo O'Donnell y Hermenegildo Franco, a los que cabría añadir los trabajos de Julio Albi, e incluso con la historiografía británica en autores como Walter Brownlee¹⁵. A través de ellos podemos cotejar momentos como:

a) La batalla naval del cabo San Vicente, en la que participa Cisniaga como comandante del navío *México*, el 14 de febrero de 1797, que supone una fecha clave para la vida de Gabriel, porque es a partir de este momento cuando el protagonista comienza a tener conciencia de sí mismo, de su propia historia, con seis años, dado que en Trafalgar tendría catorce:

La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez sino desde la edad de los seis años, y si recuerdo esta fecha es porque la asocio a un suceso naval de que había oído hablar entonces: el combate del cabo de San Vicente acaecido en 1797¹⁶.

b) Además se explican las relaciones franco-españolas desde la paz de Basilea (1795), el convenio de Aranjuez (1801) y la guerra intermitente contra Inglaterra hasta la paz de Amiens (1802) y aun después. Los combates navales fueron constantes —en palabras del protagonista— destacando los acontecidos el

¹⁵ O'Donnell, 2005; Franco, 2005; Albi, 2005, reeditado y ampliado en 2018; Brownlee, 2001, original editado en Cambridge en 1981. La situación internacional es analizada por Butrón, 2008.

¹⁶ Pérez Galdós, 2011, p. 14.

12 de agosto de 1801 por el desbloqueo del Estrecho, hablando de las tretas y ardides británicos, aprovechando la oscuridad de la noche para situar entre dos navíos españoles —el *San Hermenegildo* y el *Real Carlos* de 112 cañones cada uno— una fragata que envía dos andanadas contra el primero y luego huye¹⁷. Cuando se produce la réplica el *San Hermenegildo* dispara sus cañones contra la primera sombra que observa, pero, por desgracia, es la del *Real Carlos*, sin saberlo. El barco atacado, a su vez, contestó cañoneando a su colega, mientras los ingleses a distancia podían ver cómo los españoles se disparaban entre ellos. Más sangrante aun es el recuerdo del combate del cabo de Santa María el 5 de octubre de 1804, al interceptar los ingleses una flota española de cinco navíos que venía con plata de Veracruz y fue destruida, robando dos millones y medio de pesos de plata.

Estos bravucones, parece que se quieren comer el mundo, y en cuanto salen al mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

—¡No!— dijo Medio Hombre, enérgicamente y cerrando el puño, con gesto amenazador. ¡Si no fuera por sus muchas astucias y picardías! Nosotros vamos siempre contra ellos con el alma a un largo. Pues, con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés no se larguea, y siempre ataca por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas de cerrazón.

Así fue la batalla del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegábamos confiados, porque ni de perros herejes moros se teme la traición, cuantimás de un inglés, que es civil y al modo de cristiano. Pero no: el que actúa a traición no es cristiano, sino un salteador de caminos¹⁸.

En la narración galdosiana, los ingleses son descritos como bandidos, ventajistas y tramposos, aunque también se reconoce su mejor preparación en visperas del gran combate¹⁹. En tono humorístico, la prueba de esa anglofobia es el episodio en el que Gabriel da de comer a un loro, que sabía decir con insistencia: «¡Perro inglés, perro inglés!»²⁰.

De forma que, aunque la armada española no participase en todos los combates del enfrentamiento anglo-francés, los encuentros fueron una constante en

¹⁷ Galdós se equivocó al citar, en el capítulo IV, a Ezguerra como comandante del *Real Carlos*, ya que era José de Ezguerra y Guinior (1756-1801), que falleció en combate con el navío británico *Superb*, el 13 de julio de 1801, como advierte Ocariz, 2019, pp. 102-103.

¹⁸ Pérez Galdós, 2011, p. 34.

¹⁹ Pérez Galdós, 2011, p. 72.

²⁰ Pérez Galdós, 2011, p. 73.

Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

la década final del siglo XVIII y los comienzos del XIX. Desde 1801 todas las ofensivas fueron consideradas derrotas salvo la victoria franco-española del 6 de julio frente a Algeciras; y en un segundo enfrentamiento, en el mismo lugar, una semana después se produciría otro fracaso. Francia, que había conquistado Malta en 1798, en cuatro años la trasladaba a manos inglesas. Nelson ese mismo año bombardeaba por sorpresa Copenhague como castigo a su neutralidad en la guerra de bloqueo anglo-francesa, durante la primera guerra de las lanchas²¹. Galdós supo transmitir el agotamiento de una armada y de un país como España que tenía que realizar esfuerzos titánicos en materia económica mientras la administración y la política se llenaban de indolencia y dejadez, si bien no eran una cuestión de ese momento sino un lastre que iba arrastrando²².

Además de perder unidades en la mayor parte de los combates, España se debía a los compromisos diplomáticos que supusieron reponer las pérdidas de su aliada, la Francia napoleónica. Así, en virtud del Tratado de Madrid, firmado el 1 de octubre de 1801, le fueron concedidos seis navíos de 74 cañones, con su arboladura y armamento, listos para navegar bajo el mando de sus nuevos dueños franceses. También fue cedida la americana tierra de La Luisiana a cambio de promesas vagas y ventajas inexistentes. Napoleón negoció, además, a espaldas de España, la entrega a Gran Bretaña de la isla caribeña de Trinidad²³. La política naval de los Borbones, desde Felipe V, había consistido en construir barcos con objetivos relacionados con su política mercantilista y con la producción de oro y plata. «A la mar, madera» según la frase de Felipe V, pero sin una planificación o una política naval que tuviese objetivos a medio o largo alcance a diferencia de la británica²⁴. Por su parte, a fines del siglo XVIII, el Reino Unido contaba con 201 navíos de línea, 242 fragatas y 446 corbetas: en total, 889. Las disponibilidades españolas y el refuerzo francés (39 navíos de línea y 8 fragatas) no bastaron para equilibrar las fuerzas, haciendo comprensible la necesidad que Francia tenía de la flota española si quería poner coto a Inglaterra.

O el dominio de la mar Océana o proteger las rutas comerciales fue un dilema al cual los políticos ilustrados tuvieron que enfrentarse. Lo que conllevaba

²¹ El 2 de abril de 1801, Nelson, segundo del almirante Hyde Parker destruyó la flota danesa en el mismo puerto de Copenhague. A comienzos de septiembre de 1807 los ingleses al mando de James Gambier volverían a atacar la flota, anclada en la capital danesa en la Segunda Guerra de las lanchas. Markham, 1971, pp. 211-230; Alcofar Nassaes, 1985.

²² Franco, 2005, p. 25; Czisnik, 2004, pp. 359-374.

²³ Louisiana fue cedida a España por Francia tras la pérdida de la Florida en la paz de París de 1763. Tras su recuperación en la nueva paz de Versalles en 1783, sería definitivamente devuelta a Francia en 1803. Desde 1800 Napoleón la había comprado, pero España seguía administrándola hasta su definitiva venta a los Estados Unidos en dicha fecha.

²⁴ Franco, 2005, p. 16.

en ambos casos un presupuesto importante para infraestructuras, arsenales, puertos, preparación de cuadros de mando, entrenamiento de tripulaciones, y combinación de experiencia con fuerza. No bastaba el heroísmo, aunque llegase el caso y se demostrara, cuando institucionalmente no existía apoyo económico. Pero lo habitual era la dejadez, la ausencia de dinero suficiente en consonancia con la ausencia de una revolución agraria e industrial, a diferencia de Inglaterra. El hecho de que muchos jefes de la armada española tuvieran pagas atrasadas no resultó, desgraciadamente, una novedad. Como señaló Galdós, al propio Churruca se le debían nueve pagas²⁵, a Gravina un año. Eso no ocurría en el bando contrario y, sin embargo, su sentido del deber y su patriotismo no tenían límites. La excepción fueron dos políticos del XVIII, Patiño y sobre todo Ensenada, que lograron sanear la hacienda en dos momentos distintos y proyectaron una ambiciosa reconstrucción de la marina, obra inacabada ante la vigilante Gran Bretaña.

c) En los capítulos VI a IX, Galdós no solo describió los preparativos y los estragos de la fiebre amarilla de nuevo, sino de los recursos navales insuficientes. Y —como apuntan algunos especialistas— no distaba de la verdad. Tanto España como Francia tuvieron importantes flotas, pero inactivas, sin presupuesto para modernizar enseres, reemplazar estructuras o tenerlas en activo, de manera que se pudrían muchas de estas unidades, inactivas en los arsenales. Al ser construidos en madera, los barcos se lesionaban si no se breaban o pintaban y para una flota de combate resultaba esencial su mantenimiento, como realizaban los británicos. Relata Galdós que llegaron a Cádiz refuerzos de El Ferrol, con ocho naves, al tiempo que estaba previsto que la fuerza naval del Mediterráneo sita en Cartagena se sumara a esas naves, pero los siete navíos allí fondeados se encontraban atracados *sine die*, presa la tripulación de la fiebre amarilla.

De los cerca de 77 navíos de línea —fragatas incluidas y unidades de potencia o tamaño medio, sin sumar unidades menores, llegando a sumar unas 247 unidades en total— de la armada, solo unos 53 se encontraban operativos, y algunos de estos fueron enviados a Francia en virtud de los tratados diplomáticos. A ello había que añadir la constante pérdida a modo de goteo debido a la rapiña británica, por medio de una guerra oficial u oficiosa. Gran Bretaña, por su parte, contemplaba cómo estos acuerdos reforzaban a Francia, por lo que resolvieron atacar el punto débil, España, para aislar y debilitar a su vez a Napoleón, empeñado en derrotar al Reino Unido para consolidar su poder europeo. De esa manera neutralizaron operaciones de envergadura como la defensa de las rutas comerciales con las colonias americanas.

---

²⁵ Pérez Galdós, 2011, p. 71.

d) Relata Galdós, en boca de Gabriel, en vísperas de la batalla y durante el enfrentamiento, la costumbre de reclutar personal de tierra, soldados de infantería, que debían adaptarse a la guerra naval. La razón se apoyaba en la carencia de infantería de marina profesional. Cuando aconteció el combate en Trafalgar se observó cómo esta gente sobrevivía, a pesar de estar mal preparada y desmotivada, reclutada precipitadamente y de malas maneras. Los ingleses por contra se hallaban muy bien entrenados e incentivados: mandos y soldados se encontraban pagados puntualmente, con bonificaciones por capturas y victorias, bajo la eficaz administración del almirantazgo, un órgano autónomo del gobierno. En España los mandos se encontraban mal pagados y la moral caída, aunque no por las derrotas sino por la falta de apoyo administrativo. No era Godoy únicamente el responsable, Hermenegildo Franco resalta la mala organización naval de antaño, de la falta de visión en el dominio de los mares²⁶. De hecho, se realizaron reformas puntuales como la erección de astilleros, carracas, arsenales, construcción de navíos, pero no suficientes ni con arreglo a una política de dominio de los océanos o a una planificación general, a semejanza del enemigo británico. No se crearon ni infraestructuras suficientes para apoyar una armada en constante actividad como requerían las circunstancias, ante un enemigo que se mostraba activo, que se renovaba, crecía y tenía una visión global de los conflictos.

e) Galdós menciona la dispersión de fuerzas francesas y españolas, que hicieron fracasar los planes franceses de distracción en la isla caribeña de La Martinica. Una dispersión trazada por Napoleón para neutralizar la flota inglesa y poder invadir Inglaterra. Aumentando las dificultades, el almirante Villeneuve, un hombre dubitativo, pusilánime, se convirtió en jefe la flota aliada, a pesar de que el propio emperador y algunos mandos franceses dudaban de su capacidad. Quien iba inicialmente a comandarla era un hombre decidido, experto y valiente: Latouche Thierry.

4. En el combate desastroso de cabo Finisterre y, ya propiamente dicho, en la batalla de Trafalgar, Pérez Galdós reflejó la disposición de las naves en una larga fila de 12 km, que Villeneuve ordenó virar en redondo, a escasos 27 km de Cádiz. De esa manera, envió la sensación de que, antes de empezar la lucha, preparaba la retirada. El giro hizo que la enorme línea de navíos se rompiera y quedasen las distintas unidades aisladas y sin ayuda entre sí, cuando penetraron los británicos en dos filas, primero Collingwood y, veinte minutos después, Nelson con sus naves. Siendo menos numerosas, aislaron las principales naves de la

²⁶ Aquí, coinciden de nuevo el historiador Hermenegildo Franco y el literato Pérez Galdós. Esos marinos fueron hombres bien preparados, pero inactivos por falta de oportunidades, podían dar clases de náutica, armamento, pero tampoco abundaban las escuelas. además, su vocación era la acción. La inactividad, el abandono, la mala administración cayeron en la resignación colectiva. Franco, 2005, p. 25.

armada combinada y pudieron ser batidas una a una, por separado, a razón de dos o tres navíos ingleses por cada presa. Los buques ingleses, al ser más ligeros y maniobrables, evitaron el abordaje con sus salvas de artillería desarbolando los grandes y pesados navíos franco-españoles.

El resultado fue sobredimensionado, pues no fue una total derrota española, ya que de los 15 navíos se perdieron solamente 6. Gravina, herido, pudo recuperar varios y sus tripulaciones, mientras que los franceses perdieron muchos más: 10 de 17. Los que no se disiparon en el combate, se hundirían en una tempestad que estalló a la semana siguiente, y luego, cerca de Cádiz, algunas tripulaciones recuperaron unas pocas unidades. Los ingleses ocultaron sus caídos, pero no bajaron de 1600 oficialmente, incluido su jefe supremo, Sir Horacio Nelson, elevado a los altares del mito nacionalista. España tuvo 1080 muertos y unos 1183 heridos, pero entre esos fallecidos —y en semanas sucesivas— destacaron los jefes Cosme Damián Churrua, Alcalá Galiano y Pedro Gravina²⁷. Por su parte, los franceses perdieron 2214 hombres, incluido el almirante Magon y 1155 heridos. La derrota fue agrandada en la propaganda británica y en libros españoles decimonónicos mezclados con ese pesimismo acuciante de la decadencia nacional sin aportar una visión constructiva. Como han demostrado estudios posteriores, se magnificaron las pérdidas, se exageró la derrota²⁸, aunque quedasen dañadas las relaciones comerciales con una América que comenzaba a cobrar conciencia de sí, especialmente cuando los ingleses fueron derrotados al atacar Buenos Aires y Montevideo.

2. TRAFALGAR: VIVIFICACIÓN DE HECHOS HISTÓRICOS

Si no existiera Gabriel Araceli con sus peripecias de fondo habría que inventarlo, pues no cabría analizar el eje entre historia y realidad, porque su vida, auténtica por otra parte²⁹, es la ligazón entre los hechos históricos que explican

²⁷ Además de numerosos oficiales, soldados y marineros. Entre ellos destacó Francisco de Moyúa y Mazarredo (1764-1805), segundo oficial en el mando en el *San Juan Nepomuceno*. Galdós escribe mal su apellido al citarlo como «Moyna», error que aclara Ocáriz, 2019, pp. 120-124.

²⁸ Además de las obras citadas se realiza una ponderación de la derrota en San Juan, 2005; Adkins, 2004 y González, 2005. Por su parte, Agustín Rodríguez subrayó el olvido de victorias españolas frente a la armada británica —defensa de Cádiz, derrota de Nelson en Tenerife, fracaso de la expedición contra Puerto Rico y una eficaz e incesante actividad corsaria— que, si bien no equilibran la balanza en el conflicto, matizan los resultados finales. Un afán revisionista preside el contenido del libro, ya que, a pesar de las continuas victorias británicas, el Imperio español se mantuvo hasta 1810, separándose finalmente sin caer en manos de un control colonial inglés, al contrario de lo que sucedió con las colonias americanas de Holanda y Francia en gran medida. Rodríguez González, 2005.

²⁹ Quizá haya que diferenciar «existencia» real de «vida novelera». Su existencia fue real, aunque la vida que aparece descrita sea un pretexto literario, más o menos abultado, para darnos a conocer los entornos, que sirven para añadir personajes históricos y sus circunstancias. Así lo señala Gerars, 2000, p. 12.

la razón de ser del relato. De hecho, en la novela no hay una estructura literaria propiamente dicha, es el pretexto del autor que se encarna en su principal protagonista, para entrar en ese mundo pretérito lleno de referencias nostálgicas, de recuerdos que enlazaban el pasado y presente del siglo XIX.

Gabriel no es un héroe a la usanza, es también un antihéroe, un pilluelo, un pícaro, que se va haciendo hombre de provecho: una figura clásica de la literatura española como un nuevo Buscón. Hasta sus 14 años nos recuerda la infancia de cualquier otro personaje novelesco, como el Manuel Alcázar de *La Busca* de Pío Baroja: muchachos que viven «a salto de mata», sin tener una conciencia clara de su vida, de su situación en el mundo. Gabriel, huérfano de padre y sin duda necesitado, pasa a la tutela de su tío materno, pero, ante el trato despótico, huye a las distintas localidades de Puerto de Santa María, Medina Sidonia hasta Verjel donde por fin es acogido por los bondadosos don Alonso y su mujer doña Francisca. Y será —precisamente a partir de sus catorce años y de su experiencia a bordo del *Santísima Trinidad*— lo que supone el comienzo de su vida adulta, el principio de su conciencia, el despertar de su memoria, aquella que se remontaba a sus seis años de vida, cuando sus recuerdos alcanzan febrero de 1797, con lo que el lector supone que nace en 1791. Si en el escritor canario son más o menos someras las descripciones de algunos paisajes, debe tenerse en cuenta que le servían para justificar el espacio donde se desarrollaba la existencia de Gabriel en el capítulo I, mezclando afán de aventura, propia de la juventud, con el inicio de serias reflexiones, de un deseo de vivir que se convierte en nostalgia a su retorno en el capítulo VII. Pero sobre todo en el VIII es donde el autor nos otorga una visión amplificada de los lugares de niñez del protagonista³⁰. Así, la literatura surge como vivificación de los hechos históricos³¹ y de esta manera:

1) La historia comprendida en el relato nos ofrece su perspectiva sobre hechos pretéritos desde el momento en que escribe como hace en *Los Episodios Nacionales*.

2) La observación de la realidad en la novela aparece como narración de su momento, de la misma manera que Galdós llevó a cabo en *Fortunata y Jacinta*, *Miau*, *El amigo Manso*, entre otras obras. Existe alguna otra obra que le sirve de

³⁰ Pérez Galdós, 2011, pp. 66-67.

³¹ En este sentido, se aprecia cierto continuismo entre dos escritores: como si existiese un hilo que enlazara la voluntad de referir la historia nacional, al estilo que hiciera Alejandro Dumas (padre, 1809-1870) para Francia, que moría, precisamente, cuando Pérez Galdós empezaba a escribir y a hacerse cierta fama. Ellos no trataron de narrar hechos políticos o militares sin más, sino también referir los usos y costumbres, las formas de vida, no solo en los *Episodios Nacionales* sino en las novelas llamadas costumbristas. Una modalidad que también nos conduce a la historia, dado que Pérez Galdós no solo escribe desde y para su época, sino que recurre a la misma. Pero, aunque no lo hiciera, su legado es ya historia, solo con partir desde la perspectiva obligada del tiempo que nos separa, sin que el carácter español lo haya hecho al completo, de manera que existen dos formas de considerar lo histórico. Ya lo hizo notar, hace décadas, Hinterhayser, 1963, p. 17.

eje cronológico, como el caso de la *Fontana de oro* por su relativa cercanía al Madrid de aquel entonces, en las que mezcla sincronía y diacronía entre otras categorías temporales.

3) Por último, cabría analizar nuestra proyección o visión personal, desde la época actual a la que describe y a la historia que pueda ofrecernos una dimensión pretérita distinta, formando otro eje sobre ambas cuestiones. Clarín observó una visión complementaria y constructiva en Galdós que resalta en sus *Episodios Nacionales* hasta en los estudios de sus novelas *Misericordia*, *Torquemada*, *Marianela* o *Tormento*, reforzando una visión costumbrista³². De ahí el valor de sus obras como fuente histórica, al igual que las del resto de autores coetáneos.

Estas perspectivas nos abren un aspecto verídico: *Trafalgar* no es ficción ni fantasía completamente, sino una mezcla gradual de realidad histórica y sociología, donde se describen los grandes sucesos al tiempo que las peripecias de los personajes secundarios rellenan los vacíos existentes para ensamblar el desarrollo del Episodio. Con lo que nos hallamos ante una crónica histórica periódica, saturada a su vez de relatos entrelazados, descripciones minuciosas de personajes, protagonistas y entornos. De manera que la pintura final genera un conjunto sustraído del relato, el cual, a su vez, se encuentra sujeto a varios entornos y multitud de personajes que se alternan en su conjunto. Pero Galdós es, además de un observador atento y autor fecundo, un hombre polifacético, —periodista, autor dramático, dibujante, pianista— e introduce sus conocimientos de forma escalonada en cada obra según un plan y conveniencia. De entre los muchos temas que tuvo en mente, y comenzando por los *Episodios nacionales*, no podríamos olvidar lo que significó relatar, desde una óptica liberal, el siglo XIX para su pluma, del que es testigo y acerca del cual tuvo la suerte de contar con fuentes orales, testimonios de hombres y mujeres que vivieron aquellos años desde 1805 hasta 1876.

Por otra parte, Pérez Galdós indagó en los fundamentos de lo que Unamuno y Menéndez Pidal llamaron «intrahistoria», es decir, la historia psicológica o interior, que en buena parte Antonio Morales Moya definió como Historia antropológica, relacionándola con las aportaciones académicas de Julio Caro Baroja³³, idea que ya había aparecido en la *Nouvelle Histoire* de Jacques Le Goff³⁴. La imagen de una época representa un paisaje en el que se incluyen los tipos sociales con sus distintos entornos; aquellos personajes, cuya indumentaria forma parte de ese todo costumbrista, como el contraste de las viejas casas blancas con la imagen de las ancianas enlutadas y la visión de las torres, muros y casas de color

³² Alas Clarín, 2020.

³³ Morales Moya, 2014, pp. 7-17.

³⁴ Le Goff, 1978.

blanco u ocre claro. Una imagen estética que forma parte del acervo común de la infancia y que aún perdura. Descripciones que transcurren al hilo del desarrollo narrativo, ya sea bajo el sol de Cádiz en la infancia de Gabriel o más tarde en 1812, cuando la ciudad se transforma en sede de la burguesía comercial gaditana y se convierte en el núcleo de la independencia constitucional y de la resistencia frente al francés.

Aquel Cádiz fue cuna también de Luis Alonso, protagonista de dos zarzuelas de Javier de Burgos y Gerónimo Giménez. Una de ellas titulada *Trafalgar*, estrenada en el Teatro Principal de Cádiz en 1893, veinte años después de que se publicara la primera edición galdosiana del episodio histórico-literario, con gran éxito de público. La famosa *Marcha de Cádiz* fue una pieza de enorme repercusión hasta convertirse en un tema político³⁵. Literatura y género lírico se asociaron para reivindicar la españolidad, la nacionalidad, en un concepto simbólico de retraimiento y decadencia según ha expresado Eduardo Valero³⁶. Partiendo de Cádiz, pues, Galdós continuará llevando al lector a los sitios de Zaragoza y Gerona, a la batalla de los Arapiles o a los campos de Castilla donde circulaban las guerrillas de El Empecinado y del cura Merino. Los entornos resultaron modificados porque el protagonista y los personajes multiplicaron la dinámica de los hechos, no solo por sus peripecias sino por la coordinación interna de la propia historia nacional, como si cada uno formara parte de un todo³⁷.

Luego encontramos la variedad de las convenciones culturales, la imagen casticista, el folclore, las canciones, los bailes al son de bandurrias o de la guitarra española dentro de este conjunto estético, donde los protagonistas no son del todo ficticios al convertirse en arquetipos derivados de la realidad. De esta manera surgen en el relato los representantes de los oficios: aguadores, amoladores, curtidores mezclados con otros auténticos propiamente. Ambos individuos y entornos —creaciones estéticas fundamentales para introducirnos en la escena de los hechos— describen perfectamente la trama y el trasfondo de la acción.

Personajes y sucesos que avalan documentos escritos, en parte, ya que en el caso de Galdós muchos de los datos que utilizó provinieron de la historia oral,

³⁵ Ver el vídeo [Nuestro patriotismo y la Marcha de Cádiz](#), editado por la Biblioteca Nacional de España, en que se apunta cómo la *Marcha* fue aplaudida por la mayor parte de la clase intelectual española hasta la llegada de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera que terminó por prohibir la *Marcha de Cádiz* como himno nacional.

³⁶ Valero, 2020, 352 y ss.

³⁷ Es decir, los hechos se inscriben en una construcción donde se alternan personajes históricos y protagonistas literarios. A veces sin que los entornos urbanos varíen mucho. Es el caso de Madrid, que vuelve a ser protagonista desde la algaraz de la nueva proclamación constitucional por el rey en 1820 en el episodio nacional *La Segunda Casaca*, seguido de los sucesos del 7 de Julio en la Plaza Mayor, según rezan los *Episodios* de la segunda serie y, aun una calle de las que salen de dicha plaza hasta la ejecución del coronel Riego en la de la Cebada en la misma Villa y Corte en *El terror de 1824*.

de los recuerdos de una generación muy anterior y distinta a la suya, así como de estudios históricos³⁸. Y, sobre todo, el historiador debe apreciar de cara a sus investigaciones la existencia, al menos, de dos niveles de comprensión e interpretación en el relato galdosiano: uno es el superficial, la corteza donde trascurren los hechos; pero detrás se encuentra la mencionada historia interna, las razones emotivas, la *psyché*, donde en una mayor intimidad o personalización discurren los motivos, las razones profundas de los actos, los sentimientos, las contradicciones, lo que Marañón describiría como *El Alma de España* y que, en su época, los españoles supieron valorar, de ahí el éxito de su narrativa.

3. ALGUNOS CONCEPTOS CLAVES: DECADENCIA Y CRISIS

Pérez Galdós fue fiel a su generación, aunque esa apreciación generacional sea una mera convención para algunos autores como Pío Baroja. Formó parte también del grupo del regeneracionismo liderado por Costa, Mallada y Altamira, autores que conectarían con Unamuno, Juderías o Menéndez Pidal. El sentimiento regeneracionista, la revisión de la idea de decadencia fue anterior al revisionismo finisecular del desastre del 98. De alguna forma Trafalgar antecedió a Santiago de Cuba en su significado y significativo como agentes —sujeto y objeto— del sentimiento nacional. Quizá pueda aparecer como una mera apreciación psicológica, una impresión, pero lo que constituyó fue una constante desde la crisis del sentimiento nacional³⁹ y su renovación, dentro de esa fuerte herencia decimonónica, romántica, de un estado en crisis interna, cuyos fracasos en el exterior desnudaron sus problemáticas no resueltas. Así ocurriría igualmente en otros países, Italia, Francia, Portugal o la Rusia que se debatirán entre la guerra y la revolución.

Quizá deba criticarse el pesimismo deducible del relato galdosiano, de su pintura agri dulce, que ayudó a conformar esa idea de decadencia, la creencia y transformación de este sentimiento en un auténtico mito. Ante todo, frente a la propaganda y la contra-propaganda, entre la realidad y los complejos siempre latentes, no solo resulta necesaria la revisión historiográfica sino el retorno a la realidad como algo auténtico, como verdad sin más en atención al significado real de los conceptos. Algo que debemos tener en cuenta sin duda. Parecería paradójico hablar del esplendor de la ciudad de Cádiz en el siglo XVIII al tiempo que de la decadencia nacional. Así surgía un concepto secular, que va arrastrando la formación de la nación desde hace siglos, dentro de ese enfrentamiento histórico anglo-hispano, que es parte de esa mitografía negativa.

³⁸ Galdós afirmó que utilizó, por ejemplo, la *Historia General de España* de Modesto Lafuente, editada entre 1850 y 1867 en distintos tomos, según se desprende de Valera, 1943, p. 17.

³⁹ Martín Herrero, 1987, pp. 11-12.

Tras las victorias francesas sobre la Europa monárquica, la política del valido Manuel Godoy se inclinó hacia una alianza poco natural, con una república revolucionaria en alza, pero con el peso histórico de los Pactos de Familia. Desde el principio, pues, se vislumbraron condiciones de desigualdad, comenzando —para Galdós y buena parte de la historiografía liberal— su debilidad, su carácter de dependencia y de satélite de la potencia en crecimiento, modernidad, fuerza y prestigio. La debilidad de la política exterior implicó ausencia de determinación, de decisiones soberanas, aparte de otros males como las hambrunas y epidemias como el cólera, el tifus y la fiebre amarilla. Tras la paz de Basilea se produjo, casi de forma automática, la nueva guerra con Inglaterra desde 1796 a 1802, seguida de la paz de Amiens; una simple leva de armas que no se respetó por parte británica abrió la vía para otro enfrentamiento armado entre 1804 y 1808. Por último, sobrevendría la Guerra de la Independencia, en la que Gran Bretaña pasaría a ser aliada. En medio de esos acontecimientos, Trafalgar, en octubre de 1805, puede considerarse un episodio luctuoso más, y sin la perspectiva suficiente no cabría valorarlo como un resultado. ¿No iba a resentirse la ciudad de sus pérdidas de fiebre amarilla o de «tifus maligno» y de ser testigo de tantos conflictos armados, que pasasen factura a su economía? O ¿se trataba de conflictos coloniales muy lejanos geográficamente que no afectaban siquiera a la población? Durante todo el periodo de alianza franco-española, el gobierno parecía encontrarse en manos del extranjero como explican los personajes de *Trafalgar*. En palabras de doña Francisca, mezcla de ignorancia y sabiduría popular, se denota esa debilidad nacional:

Si el rey de las Españas me hiciese caso, mandaría a paseo a los ingleses y les diría: «Mis vasallos queridos no están aquí para que ustedes se diviertan con ellos. Méntanse ustedes en faena unos con otros (contra los franceses) si quieren juego. ¿Qué creen? Yo, aunque tonta, bien sé lo que hay aquí, y es que el Primer Cónsul, Emperador, Sultán o lo que sea quiere acometer a los ingleses, y como no tiene hombres de alma para el caso, ha embaucado a nuestro buen Rey para que les preste a los suyos y la verdad es que nos está fastidiando con sus guerras marítimas. Díganme ustedes: ¿a España qué le va o qué le viene en esto?

¿Por qué se ha de estar todos los días cañonazos y más cañonazos, por una simpleza? Antes de esas picardías que Marcial ha contado⁴⁰, ¿qué daño nos habían hecho los ingleses? ¡Ah, si hicieran caso de lo que yo digo, el señor de Bonaparte armaría la guerra solo, o si no que no la armara!

⁴⁰ Se refiere a los sucesos del 4 y del 13 de octubre de 1804, en torno a la batalla del Cabo de Santa María.

—Es verdad —dijo mi amo—, que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algún provecho resulta es para nuestra aliada, mientras todos los desastres son para nosotros.

—Entonces, tontos rematados, ¿para qué se os calientan las pajarillas con esta guerra?

—El honor de nuestra nación está empeñado —contestó D. Alonso—, y una vez metidos en la danza, sería una mengua volver atrás. Cuando estuve el mes pasado en Cádiz en el bautizo de la hija de mi primo, me decía Churruca: «Esta alianza con Francia, y el maldito tratado de San Ildefonso, que por la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy se ha convertido en tratado de subsidios, serán nuestra ruina, serán la ruina de nuestra escuadra, si Dios no lo remedia, y, por tanto, la ruina de nuestras colonias y del comercio español en América. Pero, a pesar de todo, es preciso seguir adelante».

—Bien digo yo —añadió doña Francisca—, que ese Príncipe de la Paz se está metiendo en cosas que no entiende. Ya se ve, ¡un hombre sin estudios!

Mi hermano el arcediano, que es partidario del príncipe Fernando, dice que ese señor Godoy es un alma de cántaro, y que no ha estudiado latín ni teología, pues todo su saber se reduce a tocar la guitarra y conocer los veintidós modos de bailar la gavota. Parece que por su linda cara le han hecho primer ministro. Así andan las cosas de España⁴¹.

Aparecen claras las críticas al sistema de corrupción, de debilidad e incompetencia, la imagen de un gobierno asociada a una Corona excesivamente condescendiente y la idea de que los timoneles de la alta política española no saben conducir al país hacia un buen puerto. Francia dispuso de la economía española, de la política colonial, tuvo a su merced hombres, naves, pertrechos orientados solo a su beneficio, por lo que, para el pueblo, pareció existir una clara dejación del poder, de obligaciones. Existió una imagen de falso entendimiento y deslealtad, de la que fue consciente el propio Godoy, que intentó desmarcarse y llevar a cabo un doble juego, descubierto por el propio Bonaparte finalmente.

El distanciamiento físico y psicológico entre la Península y las Américas incidió en la separación del criollo del peninsular. El individuo americanizado, habituado a tratos comerciales con el mundo anglosajón, había sido contaminado de aires revolucionarios, en una mezcla de ideas vagas sobre filantropía, filosofía masónica y falso altruismo. Todas se configuran como sinónimo de libertad política, pero faltaba el momento, el *casus belli*. Trafalgar entonces aparece como el resultado, el colofón, el símbolo a todo lo expuesto, por lo que abrió una nueva época.

---

⁴¹ Pérez Galdós, 2011, p. 39.

La derrota de Trafalgar fue el hecho que pareció descubrir o denunciar indirectamente los males internos de la patria, como acontecería a fin de siglo, con el desastre naval del 98. Fueron momentos en los que se acudió al concepto del honor nacional, símbolo de la dignidad colectiva, como Jovellanos en su *Pan y toros*⁴², Blanco White⁴³ en *Cartas desde España* y *Cartas desde Inglaterra*⁴⁴ o Moratín⁴⁵, que constituyeron una auténtica explosión de obras al respecto, analizadas por Moreno Alonso⁴⁶. Los males sin solución se solaparon, se convirtieron en algo cotidiano o en resignación pasiva, en medio de una era revolucionaria de cambios trascendentales, caracterizada por el emerger de las masas a la palestra política, de una nueva conciencia que en España tardaría en consolidarse. Galdós fue quien mejor transmitió esta situación de retraimiento, alcanzando tintes dramáticos y claros como introducción a los Episodios por venir desde la *Corte de Carlos IV* a los sucesos de *El 19 de marzo* y *el 2 de mayo*.

...y si aquel hombre eminente defendió con tanto calor la paz con los republicanos⁴⁷, fue porque yo se lo aconsejé, convenciéndole antes de la inoportunidad de la guerra. Mas Godoy, que ya entonces era Valido, se obstinó en proseguirla, sólo por llevarme la contraria, según he entendido después. Lo más gracioso es que el mismo Godoy se vio obligado a concluir la guerra en el verano del 95, cuando comprendió su ineficacia, y entonces se adjudicó a sí mismo el retumbante título de *Príncipe de la Paz*.

— ¡Qué faltos estamos, amigo D. José María —dijo mi amo—, de un buen hombre de Estado, a la altura de las circunstancias, un hombre que no nos entrometa en guerras inútiles, y mantenga incólume la dignidad de la Corona!

— Pues cuando yo estuve en Madrid el año último —prosiguió el embustero—, me hicieron proposiciones para desempeñar la Secretaría de Estado. La Reina tenía gran empeño en ello, y el Rey no dijo nada... Todos los días le acompañaba al Pardo para tirar un par de tiros... Hasta el mismo Godoy se hubiera conformado, conociendo mi superioridad; y si no, no me habría faltado un castillito donde cerrarle para que no me diera que hacer.

Pero yo rehusé, prefiriendo vivir tranquilo en mi pueblo, y dejé los negocios públicos en manos de Godoy. Ahí tiene usted un hombre cuyo padre fue mozo de mulas en la dehesa que mi suegro tenía en Extremadura.

⁴² Texto anterior, posiblemente de 1798 aunque encontrado en 1812, a la muerte de su autor.

⁴³ Blanco White, 1822.

⁴⁴ Blanco White, 1989.

⁴⁵ Cátedra, 2010.

⁴⁶ Moreno Alonso, 1990, p. 11.

⁴⁷ Habla el comandante Malaspina refiriéndose al conde de Aranda frente a Godoy.

—No sabía... —dijo D. Alonso—. Aunque hombre obscuro, yo creí que el Príncipe de la Paz pertenecía a una familia de hidalgos, de escasa fortuna, pero de buenos principios⁴⁸.

4. PATRIA Y DECADENCIA

En *Trafalgar*, Gabriel realiza varias reflexiones sobre la idea de honor, la dignidad nacional y la patria, especialmente en el alegato realizado antes de que comience la batalla, en el que hay aquello por lo que Renan habría de llamar a la nación «plebiscito cotidiano» en su famosa conferencia de 1882:

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me representaba, pues, a mi país como muy valiente. Pero, el valor que yo concebía era tan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros. Pero, en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándole, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche, y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde

---

⁴⁸ Perez Galdós, 2011, pp. 63-64.

el nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara. Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia o con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo desca-
minado⁴⁹.

¿Sería aventurado afirmar que Pérez Galdós se adelantó a Renan? Resulta lógico pensar que su idea de nación fue incluso anterior⁵⁰. Tras la derrota y cuando los ingleses están tomando el *Santísima Trinidad*, Gabriel Araceli —del que casi se podía decir que había despertado de su preconcepción de la idea de patria a cañonazos— vuelve a plantearse la idea junto al tema del Otro, lo que resulta un claro precedente unamuniano:

Puede decirse que las cuestiones del patriotismo y del patrioterismo y la otredad siguen plenamente vigentes en nuestro tiempo y también puede decirse que todo está ya en los clásicos. Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y, como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, a quien dirigí una oración que no era padrenuestro ni Ave-maría, sino algo nuevo que a mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo⁵¹.

Otros escritores del siglo XIX, al igual que Galdós, bosquejaron lo mismo en sus obras, como Unamuno, Dostoievsky o Pío Baroja, entre otros. Las cuestiones del patriotismo, del patrioterismo y la otredad se encontraron plenamente vigentes en su tiempo, al calor de la conformación de la base intelectual del Estado-Nación liberal.

CONCLUSIONES

Trafalgar ha sido transmitido a la sociedad española como un hecho lucu-
toso, asociado a la idea e imagen de decadencia nacional, a lo cual contribuyó

⁴⁹ Pérez Galdós, 2011, pp. 92-93.

⁵⁰ No se plantea esta cuestión el análisis de Martínez Cañas, 2010; el nacionalismo subyacente es analizado en otros episodios nacionales posteriores en Canal, 2013, pp. 307-321.

⁵¹ Pérez Galdós, 2015, p. 46.

en parte Galdós. Fue la señal y el pronóstico de ese público penar porque España no se afirmaba como nación hegemónica en los mares, cuyo dominio pasaba inevitablemente a la Gran Bretaña. Pero además fue un hecho relacionado con los próximos levantamientos continentales americanos y la apertura de su proceso de emancipación, impulsados también por los ingleses, que por un lado quisieron aprovechar la supuesta ventaja sacada en la batalla naval atacando el virreinato de La Plata⁵². Poco más tarde subvencionaron y promovieron con armas, hombres y dinero su alianza con los criollos sublevados, con el objetivo de sustituir a España en el comercio y la influencia diplomática.

Efectivamente, Trafalgar se ha visto como el principio del fin de una época, de una ineficacia ligada al Antiguo Régimen, lo que fue impulsado por la cultura liberal para justificar la necesidad de su proyecto político en el siglo XIX. Sin embargo, ¿la batalla evidenció un perenne luto secular? La propaganda e historiografía anglosajona resultó un duro lastre para la visión española, al ser tan eficaz en su descripción de la batalla como una victoria limpia, exaltada a través de la famosa estatua en Trafalgar Square. Una gran torre que termina en la estatua de bronce dorado de Nelson dominó la citada plaza. El hecho se exageró forzosamente por razones políticas, asociándose finalmente al pesimismo español finisecular, a un sentimiento de autoculpa que a veces se combinó con la hispanofobia y el espíritu cainita contemporáneo, falseando la verdad. España perdió en la batalla 6 de 15 navíos; varios buques apenas participaron al situarse alejados del centro, donde tuvo lugar la batalla, mientras otros fueron rescatados por Gravina.

Cierto que murieron sus mejores mandos, si no en el acto como Churruca, en las semanas o meses siguientes como Alcalá Galiano o Gravina, junto a otros 1022 muertos y 1183 heridos, pero los navíos franceses tuvieron muchas más bajas. Cabe recordar, además, que tanto franceses como españoles hicieron un último y heroico esfuerzo: hechos prisioneros por los británicos se rebelaron y recuperaron algunos navíos, pero la tormenta que estalló a las pocas semanas hundió otras unidades⁵³. Tanto novelistas como historiadores llegan, sin embargo, a cierto consenso: la principal responsabilidad de la derrota no recae sobre los

⁵² Como analizan Gorrochategui, 2018; Roberts, 2000; I. A. Miranda y otros, 2007.

⁵³ Alcofar Nassaes expone la odisea de su llegada a Gibraltar y Cádiz. «Los ingleses lograron llevar a Gibraltar cuatro de los navíos que se les habían rendido (*San Juan Neponucemo, Bahama, Swiftsure* y *San Ildefonso*) cinco más se hundieron, durante el temporal que siguió a la batalla (*Santisima Trinidad, Fougueux, Berwick, Redoutable* y *Argonaute*) y otros fueron recuperados por sus dotaciones (*Santa Ana, Neptuno, Aigle, Algeciras* y *Bucentaure*). Cerca de Cádiz se hundieron seis (*Indomitable, Bucentaure, Aigle, San Francisco de Asis, Neptune* y *Rayo*). En relación a este último los ingleses afirman que no llegó a disparar un solo cañonazo en toda la acción, limitándose a huir. Los ingleses consideraban a su capitán el irlandés Enrique McDonnell un traidor». Alcofar Nassaes, 1974, p. 82.

combatientes sino sobre la administración, sobre los actores políticos. El veterano Marcial, «Mediohombre», amigo de Gabriel, exhibe ante la pacifista doña Francisquita y los contertulios del capítulo IX —como el propio Cisniega y un comandante llamado Malespina— el exceso de confianza en el armamento, en las moles del *Santísima Trinidad* y del *Santa Ana*⁵⁴. Si bien la táctica empleada por Nelson fue sorprendente por lo heterodoxa y arriesgada —al atacar en dos columnas paralelas sobre el frente de una enorme línea que se curvo a los lados, según el sistema francés, de tal manera que los ingleses soportaron el fuego cruzado de derecha e izquierda— fue algo inusual y milagroso que los atacantes sufrieran mínimas bajas.

Revisados los hechos a comienzos del siglo XXI, con motivo del bicentenario de la batalla, la historiografía parece conformar una victoria pírrica. La sorpresa coincidió con la escasa preparación de los artilleros de la flota combinada, la falta de coordinación de los navíos, demasiado alejados unos de otros para ayudarse y permitir que las naves inglesas más rápidas y maniobrables penetraran por los huecos. Como afirmó Roy Adkins, la batalla borró el sueño napoleónico de una invasión francesa del Reino Unido, confirmó la ventaja británica sobre los mares... pero no ganó la guerra, pues el resultado final del conflicto se decidiría muchos años más tarde, en 1814 y 1815 hasta la victoria completa en Waterloo⁵⁵.

Por su parte, Francia logró superar la derrota en poco tiempo, pues Napoleón ganó personalmente el sol de Austerlitz, el 3 de diciembre, y con la propaganda ligada a su triunfo terrestre hizo que su derrota en el mar pasase casi desapercibida, aunque fuera el fin de las perspectivas coloniales francesas en América. La historiografía ha concluido que el plan de Napoleón fue inapropiado, al que nadie consideró un estrategia naval, para lo cual no le capacitaban sus éxitos terrestres, pero su fracaso ha sido quizá mucho mejor ponderado. En la obra de Pérez Galdós aparece ese sabor agríndice de la debilidad política y su identidad con el conjunto nacional. De ahí que se hablara de defectos de la raza, del carácter o como escribió Marañón del «palurdismo», aunque aprobase los gestos heroicos como algo espontáneo y natural. Galdós narró la existencia de los héroes que se niegan a vivir sometidos en ese estado de cosas, que quieren rebelarse contra su destino.

⁵⁴ Las autoridades inglesas camuflaron sus auténticas pérdidas, pues tuvieron oficialmente 1600 bajas entre muertos (449) y heridos (1172) además de perder 17 navíos, según una lista famosa de daños publicada por Alcofar Nassaes. Un reciente estudio de Carlos Font eleva a las pérdidas británicas entre siete a ocho mil hombres, a cambio de ninguna aliada, según un exagerado documento sito en la Biblioteca Nacional, como señala Castillo, 2008, p. 15.

⁵⁵ Adkins, 2004, p. 327.

En *La Corte de Carlos IV*, segunda entrega de los *Episodios Nacionales* apareció de nuevo la extrapolación de personajes históricos a figuras literarias, derivada de un tapiz como es el caso de los personajes de Amarante y Lesbia —transposiciones de figuras históricas: la duquesa de Benavente y de Alba, respectivamente—, mezcladas con nombres supuestos de protagonistas de novela, pero que Galdós convirtió en arquetipos sociales desde el dramaturgo fracasado al torero, así como el presbítero, los diáconos y otras dignidades de la Iglesia. La conspiración del príncipe Fernando contra su padre el rey Carlos IV, las veleidades y ambiciones de Godoy —relatadas en ese Episodio— no fueron más que la acentuación de esa dualidad entre decadencia y crisis institucional.

Una mixtura de la debilidad, la dejadez, el abandono o el agotamiento frente a la emergencia de una Francia potente tras la revolución y el ascenso de Napoleón. Aquí se vislumbra, dentro del universo cultural liberal al que perteneció Galdós, esa admiración por la modernización francesa frente a las resistencias tradicionales españolas, que le llevó a exagerar el concepto de decadencia, que le impidió comprender que Godoy trató de que España sobreviviera en una Europa derrotada frente a Napoleón, impidiendo el abrazo triturador del oso francés aliándose con él. Sin duda, *Trafalgar* es la puerta de entrada a lo que ha de venir en esa reconstrucción literaria del siglo XIX. La antesala al retrato general de la familia regia en *La Corte de Carlos IV* y al gran estallido del *19 de marzo* y el *2 de mayo*; es decir a los grandes cambios, bruscos o violentos que se agolpan desde 1805 y que otorgan cuerpo no solo a la primera serie sino a parte de la segunda de sus *Episodios Nacionales*. Como el mismo Galdós expone en su prólogo, ofrece una obra artística, ciertamente, donde plasma un paisaje nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Adkins, Roy, *Trafalgar. Biografía de una batalla*, Barcelona, Planeta, 2004.
 Alas Clarín, Leopoldo, *Galdós, novelista*, Madrid, Renacimiento, 2020.
 Albi, Julio, *El día de Trafalgar*, Barcelona, Seix Barral, 2005.
 Alcofar Nassaes, José Luis, «Naves y marinos que lucharon en Trafalgar», *Historia*, 75, 1974, pp. 15-83.
 Alcofar Nassaes, José Luis, «La sublime desobediencia de Nelson en Copenhague», *Revista de historia naval*, 11, 1985, pp. 59-82.
 Álvaro Ocariz, José Andrés, «Francisco de Moyúa y Mazarredo: el marino que se perdió en el Trafalgar de Benito Pérez Galdós», *Revista de historia naval*, 146, 2019, pp. 101-124.
 Blanco White, José María, *Letters from Spain*, London, Henry Colburn and Co., 1822.
 Blanco White, José María, *Cartas desde Inglaterra y otros escritos*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
 Brownlee, Walter, *La armada que venció a Napoleón*, Madrid, Akal, 2001.
 Burke, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
 Butrón Prida, Gonzalo, «El contexto internacional de Trafalgar», en *El bicentenario de Trafalgar en el Ateneo de Cádiz*, Cádiz, Ateneo Literario, Artístico y Científico de Cádiz, 2008, pp. 17-25.
 Butrón, Gonzalo, María Luisa Calero, Víctor Manuel Núñez y José Saldaña, *Trafalgar historia y memoria de un mito. Catálogo crítico de la producción bibliográfica británica, española y francesa sobre Trafalgar (1805-2005)*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 2008.

- Canal Morell, Jordi, «Hijos de la España del siglo XIX: Benito Pérez Galdós, los "Episodios nacionales" y el patriotismo» en *Historia de la nación y del nacionalismo español*, ed. Antonio Morales Moya, Juan Pablo Fusi Aizpuru, Andrés de Blas Guerrero, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, pp. 307-321.
- Canal Morell, Jordi, «Leer a Galdós en el siglo XXI», *Revista de Occidente*, 473, 2020, pp. 5-8.
- Cantos Casenave, Marieta, «El Trafalgar literario: antes y después de Galdós», en *Trafalgar y el mundo atlántico*, ed. Alberto Ramos Santana, Agustín Guimerá y Gonzalo Butrón Prida, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 347-358.
- Castillo, Ignacio, «Trafalgar. Una victoria inglesa venida a menos», *Historia*, 61, 2008, pp. 56-71.
- Cátedra, Pedro M., *Bodoni y los españoles. I. Epistolario de Leandro Fernández de Moratín y Giambattista Bodoni, con otras cartas sobre la edición de "La comedia nueva" (Parma, 1796)*, Ciluenga, Fundación San Millán de la Cogolla, 2010.
- Cziznik, Mariana, «La interpretación del combate de Trafalgar más conocida: la novela *Trafalgar* de Benito Pérez Galdós», en *Trafalgar y el mundo atlántico*, ed. Alberto Ramos Santana, Agustín Guimerá y Gonzalo Butrón Prida, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 359-374.
- Cherif Volosky, Alejandro, «La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck», *Historiografías*, 7, 2014, pp. 85-100.
- Chignola, Sandro, «Sobre el concepto de Historia», *Ayer*, 53, 1, 2004, pp. 75-95.
- Domínguez Ortiz, Antonio, *Sociedad y estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 2000.
- Franco Castañón, Hermenegildo, *La razón de Trafalgar. La campaña naval de 1805. Un análisis crítico*, Valladolid, AF editorial, 2005.
- García, Carlos J., «De la trama eclesiástica a la judicial (el caso de Trafalgar: Pérez Galdós y Pérez-Reverte)», en *Literatura, la Iglesia y el reino de este mundo: estudios de literatura española*, ed. Fidel López Criado, A Coruña, Diputación de A Coruña, 2007, pp. 253-260.
- Gerars, René, *Verdad novelística y mentira romántica*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Giner de los Ríos, Francisco, *Obras completas de Don Francisco Giner de los Ríos. III. Estudios sobre literatura y arte*, Madrid, La Lectura, 1919.
- González, Marcelino, *Mártir en Trafalgar. La estela de un gran navío*, Leganés, La espada y la pluma, 2005.
- González Adánez, Noelia, *Crisis de los imperios. Monarquía y representación política en Inglaterra y España, 1763-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.
- González Taller-Hierro, José Ignacio, *La campaña de Trafalgar (1804-1805). Corpus documental conservado en los archivos españoles*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.
- Gorrochategui, Luis, *Las derrotas inglesas en el Río de la Plata*, Málaga, Salamina, 2018.
- Hinterhauser, Hans, *Los Episodios nacionales de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1963.
- Guerrero Ruiz, Adolfo Jesús, «Trafalgar: un ejemplo de compromiso pedagógico y ético de Galdós», *Nuevo Pirineos. Revista de la Consejería de Educación en Andorra*, 2, 2020, pp. 39-42.
- Iarocci, Michael, «Virile Nations: Figuring History in Galdós' *Trafalgar*», *Bulletin of Spanish Studies*, 80, 2, 2003, pp. 183-202.
- Jover Zamora, José María, «De la literatura como fuente histórica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 189, Cuaderno I, 1992, pp. 23-42.
- Koselleck, Reinhart, «Historia de los conceptos y los conceptos de Historia», *Ayer*, 53, 1, 2004, pp. 27-45.
- La Parra, Emilio, «La inestabilidad de la monarquía de Carlos IV», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 12, 1994, pp. 23-34.
- La Parra, Emilio, «La crisis política de 1799», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 8-9, 1988-1990, pp. 219-232.
- La Parra, Emilio, *Godoy. La lealtad de un gobernante ilustrado*, Barcelona, Tusquets, 2004.
- La Parra, Emilio, *Fernando VII*, Barcelona, Tusquets, 2018.
- Le Goff, Jacques, *La Nouvelle Histoire*, Paris, Retz, 1978.
- Le Goff, Jacques, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 2000.
- López Cabrera, María del Mar, «Relación Mesonero Romanos-Pérez Galdós: huella de "El curioso parlante" en "Trafalgar" y "Cádiz"», *Actas del Cuarto Congreso Internacional de estudios galdosianos: 1990*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, vol. 2, pp. 105-126.
- Lynch, John, *La España del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 2014.
- Markham, Felix, «La aventura napoleónica» en *Historia del Mundo Moderno. IX. Guerra y paz en tiempos de revolución 1793-1830*, dir. Charles W. Crawley, Barcelona, Ramón Sopena, 1971, pp. 211-230.
- Martín Herrero, Ramón, *La crisis del sentimiento nacional*, Madrid, Tecnos, 1987.

LA LITERATURA COMO FUENTE HISTÓRICA. TRAFALGAR

- Martínez Cañas, Ricardo, «La idea de la patria en “Trafalgar” de Pérez Galdós», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 207, Cuaderno I, 2010, pp. 23-38.
- Miranda, Ignacio A. et al., *Invasión, defensa y reconquista de Buenos Aires*, Buenos Aires, Educa, 2007.
- Morales Moya, Antonio, «Julio Caro Baroja. La Historia antropológica», *Revista de Occidente*, 402, 2014, pp. 7-17.
- Moreno Alonso, Manuel, *La generación de 1808*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- O'Donnell, Hugo, *La campaña de Trafalgar. Tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- Ortega y Gasset, José, *El quehacer de la vida*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1935 (Grabación de voz).
- Pérez Galdós, Benito, *Trafalgar*, ed. Julio Rodríguez Puértolas, Madrid, Cátedra, 2011.
- Pérez Galdós, Benito, *La fe nacional y otros escritos*, Madrid, Rey Lear, 2015.
- Rey Poveda, Juan José, «Trafalgar (1873) de Galdós o el gusto por la lectura», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 26, 2004.
- Roberts, Carlos, *Las invasiones inglesas del Río de la Plata*, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- Rodríguez González, Agustín Ramón, *Trafalgar y el conflicto naval anglo-español del siglo XVIII*, Madrid, Actas, 2005.
- San Juan, Víctor, *Trafalgar. Tres armadas en combate*, Madrid, Sílex, 2005.
- Sarrailh, Jean, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, FCE, 1980.
- Seco Serrano, Carlos, «Los Episodios nacionales como fuente histórica», *Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1970 a enero 1971, pp. 256-284.
- Sotomayor Sáez, María Victoria, «Reescrituras del relato histórico galdosiano. Trafalgar», *Quaderns de filologia. Estudis literaris*, 18, 2013, pp. 77-98.
- Valero, Eduardo, *Benito Pérez Galdós. La figura del realismo español*, Valencia, Sargantana, 2020.
- Valera Hervías, Eulogio, *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, Artes Gráficas, 1943.
- White, Hayden, *Metahistoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.